

# **Dr. Robert A. Peterson, Teología propiamente dicha, Sesión 1, Contexto cultural**

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Robert A. Peterson en su enseñanza sobre la Teología propiamente dicha o Dios. Esta es la sesión 1, Contexto cultural.

Antes de empezar a hablar sobre la doctrina de Dios, busquemos a Dios.

Padre misericordioso, venimos ante ti a través de tu Hijo en el poder del Espíritu Santo y te pedimos que nos bendigas, nos enseñes, nos animes, nos guíes en el camino eterno, te lo pedimos en el nombre de Jesús, Amén.

No hay doctrina más fundamental que la doctrina de Dios. Se podría argumentar que la doctrina de las Escrituras es más fundamental y, de hecho, no lo cuestionaría, pero la doctrina de Dios es una doctrina muy fundamental, por así decirlo.

En cuanto a los errores modernos, muchas cosas se basan en un énfasis excesivo en el supuesto amor de Dios y en una minimización de su santidad o justicia, por ejemplo. En el lado positivo, necesitamos darnos tiempo para pensar en quién es Dios, en el hecho de que Dios ha existido eternamente como la Santísima Trinidad, y que tiene atributos y cualidades. Él nos hizo a su imagen y compartimos en parte algunas de sus cualidades, otras no las compartimos en absoluto, pero vale la pena pensar y meditar sobre las cualidades o atributos de Dios.

Por último, esperamos llegar, planeamos llegar a las obras de Dios, Sus obras de creación y providencia, con una mera mención de la redención y la consumación, porque son los profetas de otros cursos. Así que, comencemos con una introducción que trata de la cultura moderna y posmoderna, dónde estamos y cómo necesitamos entender mejor la doctrina de Dios. Estoy en deuda con David Wells, quien en su quinto libro en esta área de abordar la cultura y la necesidad de que Dios sea escuchado hablando a través de Su palabra en la cultura y el mensaje acerca de Cristo crucificado y resucitado y que vendrá otra vez, el quinto libro de David Wells es Dios en el torbellino, Dios en el torbellino, el centro de la realidad, dice.

El primer desafío que tenemos al intentar comprender las enseñanzas de la Biblia sobre Dios tiene que ver con nuestra cultura. Anthony Thistleton escribió un famoso libro titulado Los dos horizontes. Está el horizonte del texto de la Biblia y está el horizonte del intérprete.

Francamente, he hecho hincapié en lo primero durante toda mi carrera, pero entre los comunicadores más destacados de la verdad cristiana, pienso en John Stott y David Wells, que fusionan ambos horizontes, haciendo hincapié sin duda en la palabra de Dios, pero enseñando que la palabra de Dios influye, que se entiende en la cultura y que influye en los que están en la cultura, porque somos cultos, no podemos evitarlo. El primer desafío, entonces, escribe Wells, tiene que ver con nuestra cultura. ¿Cómo es que nuestra cultura puede interponerse en nuestro camino para conocer a Dios tal como se ha revelado? Comencemos con una verdad básica de las Escrituras.

Es que Dios está delante de nosotros. Nos llama a salir de nosotros mismos y a conocerlo. Esta es la verdad más profunda que jamás encontramos, o debería decir, la verdad más profunda que nos encuentra.

Wells es calvinista y es la clave de muchas otras verdades, pero nuestra cultura nos empuja a seguir exactamente el modelo opuesto. Nuestra cultura dice que debemos entrar en nuestro interior para conocer a Dios.

Ésta es la cuestión cultural que debemos empezar a entender porque, de lo contrario, determinará cómo leemos las Escrituras, cómo vemos a Dios, cómo nos acercamos a él y qué esperamos de él. Aquí lo tenemos. La fe verdadera, es decir, la fe de tipo bíblico, siempre ha tenido un lado subjetivo.

Eso no está en cuestión. Cuando escuchamos el evangelio, somos nosotros quienes debemos responder. Somos nosotros quienes debemos arrepentirnos y creer.

Es el Espíritu Santo quien obra en nosotros sobrenaturalmente para regenerarnos, para darnos nueva vida donde sólo había muerte, nuevos apetitos de Dios y de su verdad donde antes no los había, uniéndonos a la muerte de Cristo para que tengamos la condición de hijos. Y no sólo la condición sino también la experiencia de ser hijos de Dios. Hemos recibido, declara Pablo, el espíritu de adopción filiatoria, por el que clamamos: ¡Abba, Padre!

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Todo esto, por supuesto, es interno y, en ese sentido, es subjetivo.

Se desarrolla en lo más profundo de nuestra alma y abarca todo lo que somos. De ninguna manera se ponen en duda estas verdades cuando digo que Dios está ante nosotros y nos llama a salir de nosotros mismos y a conocerlo. Pero ¿qué significa decir que Dios está ante nosotros? ¿Que es, en cierto sentido, objetivo para nosotros? Bueno, dice, comencemos a cierta distancia de la fe cristiana y avancemos lentamente hacia el centro, donde realmente queremos estar.

A lo largo del camino, pensaremos en cómo nuestra experiencia en esta cultura globalizada, llena de presión y abundancia moldea nuestra comprensión de quién es Dios y qué esperamos de Él. Dios está ahí afuera, en alguna parte. Que Dios esté delante de nosotros parecerá una afirmación normal y corriente.

Cuando algunas personas escuchan estas palabras, tal vez sólo piensen que Dios existe y que está en nuestro mundo. En Occidente, el número de quienes creen en la existencia de Dios suele rondar entre el 90 y el 97 %.

En 2013, sin embargo, sólo el 80% de los estadounidenses se consideraban en esta categoría según un estudio de Pew. Sin embargo, cuando los partidarios del nuevo ateísmo se burlan de esta creencia en la existencia de Dios, una ilusión, según ellos, como la llama Richard Dawkins, un anacronismo, como afirma Peter Steven Pinker, y sólo un conjunto de fantasías, como afirma Sam Harris, se encuentran fuera de la corriente dominante en todas nuestras culturas occidentales. Además, alrededor del 80% de los occidentales también se consideran espirituales, entre comillas.

Es notable que esto sea cierto incluso en Europa, donde los procesos de secularización han estado muy arraigados durante mucho tiempo. Pero la verdadera pregunta que hay que hacerse sobre la creencia en la existencia de Dios es ésta: ¿qué peso tiene esa creencia? El Congreso de los Estados Unidos hizo que en 1956 se colocaran en nuestro papel moneda las palabras “En Dios confiamos”.

Pero también es evidente que para muchos esta creencia es un tanto superficial y periférica a su modo de vida real. Creen en la existencia de Dios, pero es una creencia sin mucho valor monetario. Decir que Dios está delante de ellos, por tanto, carecería de sentido.

No tiene necesariamente el peso suficiente para definir cómo piensan sobre la vida y cómo viven. De hecho, una de las características que definen nuestro tiempo, al menos aquí en Occidente, es el ateísmo práctico que caracteriza a tanta gente. Dicen que Dios está ahí, pero luego viven como si no estuviera.

En su libro *America's Four Gods*, Paul Fries y Christopher Bader muestran cómo una persona piensa acerca de Dios, que lo que decimos acerca de Dios y lo que éste dice acerca de nosotros está determinado por sus respuestas a otras dos preguntas. En primer lugar, ¿interviene Dios alguna vez en la vida? En segundo lugar, ¿emite Dios alguna vez juicios morales acerca de lo que hacemos y decimos? Si respondemos afirmativamente a ambas preguntas, entonces decir que Dios está ante nosotros significará algo completamente diferente de lo que significaría si respondiéramos negativamente a estas preguntas. Si pensamos que Dios tiene una actitud de no intervención en la vida, la forma en que pensemos acerca de estar en la presencia será una cosa.

Si pensamos que tiene un enfoque práctico, sería algo muy diferente pensar en lo que significa estar en su presencia. ¿Deberíamos pensar en él como un propietario que mantiene el edificio en buen estado pero no interfiere en la vida de quienes viven allí? ¿Deberíamos pensar en él más como un animador que grita palabras de aliento desde la banda pero que no está en el juego? ¿O como un terapeuta que siempre mantiene una relación distante con el paciente para que el análisis no se vea sesgado por alguien que sabe que, al final, es el paciente quien debe enderezar su propio barco? ¿Deberíamos pensar en Dios como alguien que no juzga, que se guarda sus pensamientos para sí mismo? Esta es una dirección en la que nuestra cultura nos está empujando. Dios no interfiere.

Él es un Dios de amor y no juzga. El otro ángulo aquí es cuánto le importan a Dios nuestras debilidades y fracasos. En efecto, ¿cuánto sabe y qué peso le da a los diferentes fracasos? Vivimos en una época en la que la información sobre el mundo, sobre sus guerras, tragedias, sufrimientos y odios es instantánea y simultánea.

A través de la televisión e Internet nos vamos informando de todo lo que ocurre de forma significativa, y también de muchas cosas que son completamente insignificantes. Esto nos hace plantearnos algunas preguntas interesantes.

Dadas las crueldades que a menudo ocurren en el mundo, ¿acaso Dios realmente se preocupa por nuestros pequeños y privados pecadillos? ¿Se enoja por un pequeño momento de engaño aquí o allá cuando simplemente estamos tratando de evitar la vergüenza? ¿Es tan terrible decir una mentira si no hay malicia? ¿Qué tal una debilidad sexual a la que no podemos resistir? ¿O un poco de autopromoción que se desvía de los hechos? ¿Se obsesiona con estos fracasos privados? ¿Realmente le importa? ¿O es grande y generoso y pasa por alto lo que no podemos cambiar? ¿No está más preocupado por animarnos que por condenarnos? Esto también es adonde nuestra cultura quiere llevarnos. Oímos que esta forma de pensar cultural se repite incluso en la iglesia. Joel Osteen, pastor de la iglesia con mayor audiencia de Estados Unidos, por no mencionar sus 200 millones de seguidores en todo el mundo, nos lleva por este camino cada semana.

En sus opiniones empalagosas, Dios es nuestro mayor apoyo, pero lamentablemente se siente frustrado porque no puede colmarnos de más salud, riqueza, felicidad y realización personal. La razón es simplemente que no hemos extendido nuestras manos para tomar estas cosas. Dios realmente quiere que las tengamos.

Si no los tenemos, pues la culpa es nuestra. En realidad, el mensaje de Osteen no es muy diferente de la manera en que la mayoría de los adolescentes norteamericanos piensan acerca de Dios hoy en día. En su introspección, Christian Smith nos ha dado el fruto de un amplio estudio que realizó con nuestros adolescentes.

Se publicó en 2005. Lo que realmente llama la atención de este estudio es el hallazgo de Smith de que la visión de Dios es la predominante entre la mayoría de estos adolescentes. Lo llama deísmo moralista y terapéutico.

La visión dominante, incluso entre los adolescentes evangélicos, es que Dios creó todo y estableció un orden moral, pero no interviene. En realidad, para la mayoría, ni siquiera es trinitario. La encarnación y la resurrección de Cristo tienen poco papel en el pensamiento de los adolescentes de la iglesia, incluso en el de los adolescentes evangélicos.

Consideran que Dios no les exige mucho porque su principal objetivo es resolver sus problemas y hacerlos sentir bien. La religión consiste en experimentar la felicidad, la satisfacción, en que Dios resuelva los problemas de uno y les proporcione cosas como casas, Internet, iPods, iPads y iPhones. Esta es una visión muy extendida de Dios en la cultura moderna, no sólo entre los adolescentes, sino también entre muchos adultos.

Se trata de la visión de Dios más común en los contextos occidentales, en los que la tecnología es espectacular y brillante, en los que se produce una gran abundancia de recursos gracias al capitalismo, en la enorme variedad de oportunidades que tenemos, en las infinitas opciones que tenemos en todo, desde la pasta de dientes hasta los viajes, y en el hecho de que ahora conocemos todo el mundo al que estamos conectados. Todos estos factores se interconectan en nuestra experiencia y afectan de forma extraña a nuestra forma de pensar.

Lo más importante es que, obviamente, han hecho cosas extrañas en cuanto a nuestra forma de pensar sobre Dios. De hecho, Ross Douthat, en su libro *Bad Religion*, habla de esto como una herejía generalizada que ahora se ha extendido por Estados Unidos. Tiene toda la razón al decir que la mayoría de la gente no pensaría en la herejía de esta manera.

Sin embargo, lo que muchos estadounidenses piensan sobre Dios es una distorsión de lo que es verdad. Como distorsión, es un sustituto de la realidad. Por eso es herético.

Entonces, ¿por qué la gente piensa así? Permítanme intentar responder a una pregunta que sin duda es sumamente compleja. Una vez más, le debo mi agradecimiento a David Wells por este análisis cultural, que claramente no es mi fuerte, pero lo necesito.

Una paradoja. Este contexto, este mundo altamente modernizado, ha producido lo que David Myers llama la paradoja estadounidense. En realidad, esta paradoja no es exclusivamente estadounidense.

Se encuentra en todo Occidente y, cada vez más, también fuera de él. En las zonas prósperas de Asia, por ejemplo, se está haciendo evidente lo mismo.

Y esta paradoja nos lleva naturalmente a la visión predominante de Dios. ¿Cuál es, entonces, la paradoja? Que nunca hemos tenido tanto y, sin embargo, nunca hemos tenido tan poco. Nunca hemos tenido más opciones, una educación más accesible, más libertades, más riqueza, electrodomésticos más sofisticados, más automóviles, mejores casas, más comodidad o mejor atención médica.

Ésa es una cara de la paradoja. La otra cara, sin embargo, es que, en todos los aspectos, la depresión nunca ha sido tan frecuente, la ansiedad tan alta o la confusión tan extendida. No estamos manteniendo muy bien unidos nuestros matrimonios.

Nuestros niños están más desmoralizados que nunca. Nuestros adolescentes se están suicidando a un ritmo nunca visto. Estamos encarcelando a cada vez más personas y la cohabitación nunca ha estado más extendida.

De hecho, en 2012, en Estados Unidos, el 53% de los niños nacieron fuera del matrimonio. Esta nueva norma es un indicador seguro de que muchos de esos niños caerán en la pobreza. Esta paradoja no es del todo nueva.

Cuando el francés Alexis de Tocqueville visitó América en la década de 1830, se dio cuenta de que, aunque muchas personas habían llegado a la prosperidad, también había entre ellas una extraña melancolía. Habían alcanzado la igualdad entre sí en el plano político. Sin embargo, en el plano social, casi todos conocían a alguien que tenía más que ellos.

La igualdad política no produce resultados iguales en términos de riqueza y posesiones. Así, al menos, explica Tocqueville esa melancolía que ve. No importa si esa es la verdadera explicación.

Lo importante es que la abundancia no es necesariamente una bendición absoluta e intachable. Por supuesto, deberíamos saberlo porque eso es lo que dijo Jesús hace mucho tiempo. Sin embargo, hoy en día, esta paradoja cultural se ha agravado enormemente y nos encontramos en un lugar culturalmente muy diferente al de los Estados Unidos que Tocqueville vio hace casi dos siglos.

Muchos terapeutas están descubriendo que esta paradoja se ha instalado en las vidas de quienes acuden a ellos. Entre ellos hay muchos más jóvenes. A menudo cuentan que, aunque crecieron en buenos hogares, tuvieron todo lo que querían, fueron a la universidad y tal vez entraron en el mundo laboral, se sienten desconcertados por el vacío que sienten.

Su autoestima es alta, pero su yo está vacío. Crecieron con la idea de que podían ser todo lo que quisieran, pero no sabían qué querían ser. Son infelices, pero no parece haber ninguna causa para su infelicidad.

Están más conectados con más gente a través de Internet y, sin embargo, nunca se han sentido más solos. Quieren ser aceptados y, sin embargo, a menudo se sienten alienados. Nunca hemos tenido tanto.

Nunca habíamos tenido tan poco. Esa es nuestra paradoja. Esta experiencia de dos caras es probablemente la mejor explicación de por qué tantas personas, tanto adolescentes como adultos, están pensando ahora en Dios y en lo que quieren de Él.

Por un lado, la experiencia de abundancia, de opciones aparentemente ilimitadas, de oportunidades, de niveles de riqueza cada vez mayores, produce casi inevitablemente una actitud de sentirse con derecho a todo. Hasta hace poco, cada generación sucesiva suponía que le iría mejor que a la anterior. Cada una de ellas empezaba donde la anterior lo dejaba.

Esta expectativa no ha sido irrealista. Así es como han resultado las cosas. No es difícil ver cómo este tipo de derecho se traslada naturalmente a nuestra actitud hacia Dios y Su trato con nosotros.

Esto es lo que nos lleva a pensar en Él como un animador que sólo quiere nuestro éxito. Es un estímulo, un entrenador inspirador, una fuente de prosperidad sin fin para nosotros. Nunca interferiría con nuestra búsqueda de la buena vida, es decir, la búsqueda de las cosas buenas de la vida.

Lo vemos como una fuente inagotable de bendiciones. Él es nuestro conserje. Los promotores del evangelio de la salud y la riqueza, un evangelio que, entre comillas, se está exportando desde Occidente a las partes subdesarrolladas del mundo, parecen ignorar por completo el hecho de que su concepción de la fe cristiana se basa en este tipo de experiencia.

Si no hubieran disfrutado de la experiencia médica y la opulencia occidentales, es bastante dudoso que hubieran podido pensar que el cristianismo consiste en ser saludable y rico. Al menos en el largo y tortuoso recorrido de la Iglesia a través de la historia, nunca hemos oído nada exactamente parecido antes. Lo que parece estar

sucediendo es que estos proveedores de este supuesto evangelio han asumido ciertos objetivos en la vida.

Para tener la riqueza deseada y la salud suficiente para disfrutarla, la fe les da derecho a recibir estas cosas de Dios. Allí donde este tipo de cristianismo se ha exportado, por ejemplo, a muchos países de África, esta es la fe que se está promocionando.

Esto es así, literalmente. Hace unos años, cuando salía del aeropuerto de Johannesburgo (Sudáfrica), vi un cartel con una pregunta sencilla: ¿quieres hacerte rico? Debajo de esa pregunta había un número de teléfono que, según me dijeron, pertenecía a un ministerio de salud y riqueza.

De hecho, en muchas ciudades africanas hay centros de milagros donde los afligidos pagan un precio y acuden para obtener su milagro. Al menos tienen la seguridad de que pueden conseguir un milagro. Los cambistas del templo enfurecieron tanto a Jesús que los echó del edificio.

Pero aceptamos con naturalidad su progenie modernizada, el movimiento de la salud y la riqueza. Simplemente se integran en nuestras sociedades de consumo y en nuestras expectativas de que Dios está a nuestra disposición. Son simplemente parte del vasto y extenso imperio evangélico.

Si bien es cierto que los modernos hemos tenido esta experiencia de abundancia, también es cierto, y este es el otro lado de la paradoja, que nuestra experiencia de abundancia está acompañada por la experiencia del vacío y la pérdida. Llevamos dentro de nosotros tantos déficits: una sensación de dureza de la vida, frustraciones en el trabajo, relaciones dañadas y rotas, familias destrozadas, una incapacidad para mantener amistades duraderas, una falta de sentido de pertenencia a este mundo y una sensación de que está vacío y es hostil. Por eso, buscamos en Dios un bálsamo interior, un alivio para estas heridas.

Tendemos a pensar en Dios como nuestro terapeuta con T mayúscula. Lo que más deseamos es consuelo, sanación e inspiración, y eso es lo que buscamos de Él. Eso también es lo que más deseamos de la experiencia de la iglesia: queremos ser reconfortantes, edificantes, inspiradoras y agradables a la mente.

No queremos que el domingo, o quizás el sábado por la noche, sea otro día de trabajo, una carga más, algo que requiera esfuerzo y concentración. Ya tenemos suficientes cargas y luchas, suficientes cosas en las que concentrarnos en nuestra semana laboral. El fin de semana queremos un alivio.



No es difícil ver entonces cómo esta experiencia de dos caras, esta paradoja, ha moldeado nuestra comprensión de Dios. Nos deja con un anhelo de un Dios que se acerque, que camine suavemente, que toque con dulzura, que venga a elevarnos, a brindarnos consuelo y a guiarnos. Queremos que nuestro Dios sea tolerante y no juzgue.

También nos deja con la expectativa de que, de algún modo, este Dios de la abundancia nos repartirá sus mayores y más generosas porciones, tal vez incluso a través de un premio de lotería. Tal vez podríamos ganar el Powerball, o tal vez algún premio de lotería. Ese es el tipo de Dios que queremos.

Así es como esperamos que sea. Dios desaparece en nuestro interior. De nuevo, estoy leyendo estos largos extractos de Dios en el torbellino de David Wells, porque creo que son muy apropiados para ayudarnos a entender dónde estamos.

No sustituyen la enseñanza de la Palabra de Dios, pero nos ayudan a entender la necesidad de la enseñanza de la Palabra de Dios. Y nosotros mismos no hemos estado absolutamente protegidos de ninguno de estos pensamientos. Ciertamente, nuestras familias y seres queridos, hijos y nietos, por ejemplo, se han visto afectados por algunas de estas corrientes dentro de nuestra cultura.

Dios desaparece en nuestro interior. Esta actitud, como hemos venido afirmando, probablemente surge de nuestra experiencia, pero ésta se basa nada menos que en un desplazamiento de las placas tectónicas que se encuentran bajo nuestras sociedades occidentales.

Es el resultado de al menos dos megacambios estrechamente relacionados que se han estado produciendo en nuestra cultura al menos desde la década de 1960. En primer lugar, en nuestra mente hemos abandonado el antiguo mundo moral en el que Dios era trascendente y santo, y hemos entrado en un nuevo mundo psicológico en el que Él es sólo inminente y amoroso. Este es el marco en el que ahora entendemos todo.

Esto significa que los cambios en nuestra manera de ver las cosas que tienen su raíz en nuestra experiencia se confirmarán ahora en nuestro contexto cultural. En segundo lugar, ahora pensamos en nosotros mismos no en términos de la naturaleza humana, sino del yo. El yo es simplemente un núcleo interno de intuiciones.

Es el lugar donde nuestra biografía, género, etnia y experiencia vital únicos se unen en un único centro de autoconciencia. Y cada yo es único porque nadie tiene exactamente el mismo conjunto de factores personales. No es de extrañar que ahora estemos inclinados a ver la vida para entender lo que es verdad y a pensar en lo correcto y lo incorrecto de maneras exclusivamente individuales.

Cada uno de nosotros tiene su propia perspectiva de la vida y su significado, y cada perspectiva es tan válida como cualquier otra. Y ninguna de ellas está enmarcada por normas morales absolutas. Así es como vive la abrumadora mayoría de los estadounidenses.

Intento describir estos cambios en mi libro *Perdiendo nuestra virtud: por qué la Iglesia debe recuperar su visión moral*, uno de los cinco libros importantes de David Wells. Aunque la pérdida del mundo moral y el surgimiento del nuevo yo pueden describirse por separado, en realidad ocurren juntos y cada uno alimenta al otro. Analicemos brevemente este tema.

En los años 60, cuando estos cambios culturales estaban en marcha, parecían bastante radicales. Esto estaba en el corazón de la nueva izquierda insurgente. Los libros influyentes de la época, como *The Making of a Counterculture* de Theodore Roszak y *The Greening of America* de Charles Reich, eran un ataque a la racionalidad de la Ilustración, como si, como suponía la Ilustración, nuestra razón fuera completamente imparcial.

Pero la otra cara de ese mensaje era una preocupación incesante por el yo, con sus intuiciones y estados, y esto, por supuesto, iba de la mano con la forma en que la cultura estaba actuando sobre las personas. Lo que había comenzado en la nueva izquierda radical con el tiempo se transformó en los supuestos comunes del mundo posmoderno. Esta radicalización se convirtió en la corriente dominante, y de ella surgió lo que Philip Reif llamó el hombre psicológico.

Esta es la persona que ha sido despojada de todos los puntos de referencia fuera de sí misma. No hay un mundo moral, ni un bien o un mal definitivos, ni nadie a quien rendirle cuentas. La realidad interior de esta persona es todo lo que cuenta y no se ve afectada por ninguna obligación hacia la comunidad ni por ninguna comprensión del pasado, ni siquiera por las intrusiones de Dios desde el exterior.

La base sobre la que se construyen las vidas es que no hay nada fuera del yo sobre lo que se puedan construir, y que este yo solo quiere ser complacido. No ve ninguna razón para ser salvado. Este es un deísmo terapéutico cuya moral está centrada en el yo y es autogenerada.

Después de los años 60, las palabras que se pusieron de moda para describir todo esto fueron individualismo, narcisismo, generación del yo y era de Acuario. Fue la época de la meditación trascendental y de Jesucristo como superestrella. Proveería la materia prima para libros como la brillante y ácida novela de Time Wolf, *La hoguera de las vanidades*.

Esta novela retrata la Nueva York de los años 80 a través de la lente de cuatro personajes de mal gusto que no tienen ningún bien superior a su propio interés y, en realidad, ningún otro yo que el que proyectan en su apariencia. Son vanos y vacíos. No son más que una colección de poses y autoproyecciones.

Más tarde, Oliver Stone hizo una película paralela a esta historia en 1987, Wall Street. Esta película narraba la vida de unos corredores de bolsa impulsados únicamente por la codicia y que vivían en un mundo totalmente amoral. En algunos casos, la nueva preocupación terapéutica de la generación del yo se filtraría, por supuesto, en la iglesia, aunque en versiones menos evidentes y más higiénicas.

Al reflexionar sobre esa época, Wade Clark Roof dijo que una de las características distintivas de la generación de los baby boomers era su distinción entre los aspectos internos y externos de la religión, es decir, entre lo que se llama espíritu e institución. El aspecto institucional de la fe cristiana, la iglesia, llegó a ser visto con escepticismo.

En cambio, se dio crédito a lo interno, no a la doctrina de la Iglesia, que otros habían formulado, ni a la autoridad de la Iglesia, ni a ninguna autoridad externa en absoluto. Más bien, es en las intuiciones privadas donde se encuentra a Dios. Los baby boomers creían en sus propios mundos privados y no creían en lo que la Iglesia hace y dice.

En realidad, aquí estaban las semillas que, a finales de los años 90, habían producido en todo Occidente millones de personas espirituales pero no religiosas. Tanto en Estados Unidos como en Europa, alrededor del 80% dice ser espiritual y, aunque entre ellos había algunos que también eran religiosos, había muchos de los espirituales que eran decididamente hostiles a todas las religiones. Se oponían a las doctrinas que se esperaba que creyeran, a las reglas que debían seguir y a las iglesias a las que se esperaba que asistieran.

Se resistieron a cada una de ellas. No se dejaron intimidar por las expectativas religiosas o sociales que otros les imponían. Los impulsos que comenzaron en los años 1960 se habían vuelto dominantes en los años 1990 y, por supuesto, la televisión e Internet alimentaron esta disposición.

Hay una sorprendente cantidad de personas que reciben su elevación espiritual semana tras semana sólo desde la comodidad de sus propias salas de estar o desde sus computadoras. Nunca van a la iglesia. Bueno, van a la iglesia, pero lo hacen a su manera.

Cuando Roof hizo su análisis, describió esto como un hábito generacional. Así son los baby boomers, dijo. Sin embargo, la verdad es que esta perspectiva no se da en una sola generación.

Los que siguieron a los baby boomers, a la generación X y luego a los millennials tenían exactamente los mismos hábitos. Esto es lo que también recogió el estudio de Smith sobre los adolescentes. No, no se trata de una cuestión generacional.

Fue y es una cuestión cultural. Esto es lo que le está sucediendo a la gente que vive en una sociedad altamente modernizada. Están en medio de la paradoja estadounidense y son parte integral tanto de su espíritu posmoderno como de sus soluciones.

Este fue el terreno sobre el que Oprah construyó su imperio televisivo. Los seguidores que veían su programa semana tras semana eran tan convencionales como el pastel de manzana en sus propias mentes. Sin embargo, el flautista de Hamelin al que seguían en realidad no lo es.

Ella anunció una era en la que Dios se encuentra en uno mismo, en la que la salvación es solo una cuestión de terapia, la felicidad está a la vuelta de la esquina y el consumo es un derecho de todos. Y lo siguiente, y lo bueno de Oprah, es que ella misma no es perfecta en cuanto a tostadas. Es muy humana.

Sus falacias y defectos quedan al descubierto en momentos de dolorosa honestidad. Era como si estuviera en su propio confesionario privado, aunque se confesaba a sí misma, pero todo el mundo tenía el privilegio de escucharla. Las actitudes culturales que Oprah explotó, por supuesto, afectaron mucho más que la satisfacción personal o incluso la religión.

En su libro *El crepúsculo de la autoridad*, Robert Nisbet escribió sobre cómo esas actitudes socavaban todo el proceso político. En general, dijo, dada nuestra preocupación por nosotros mismos, nuestro enfoque total en nosotros mismos, hay un repliegue de lo que es importante para la comunidad hacia lo que es importante sólo para el individuo. De lo importante a lo efímero, de los demás a nosotros mismos.

Y nuestra conversación nacional sobre estas cuestiones está tan alejada como podría estarlo de los días en que la gente pensaba en el bien de la nación. Tal vez el epítome de esto fueron los siete debates de varias horas entre Lincoln y Douglas de 1858, que se retransmitieron a nivel nacional en la prensa escrita, en los que se debatían cuestiones serias con gran profundidad. Ahora, nuestros asuntos nacionales se debaten en la televisión cuando una nación se absorbe en trivialidades, dijo Neil Postman en *Amusing Ourselves to Death*, cuando la vida se reduce a nada más que entretenimiento y el debate público sobre el bienestar de nuestra naturaleza se lleva a cabo en el lenguaje infantil de los pequeños fragmentos de audio de la televisión, entonces estamos recibiendo los primeros soplos de la muerte cultural.

Ya no hay forma de hablar de lo que es bueno y ya no hay ganas de hablar de nada bueno que no sea el del interés personal. Llegan momentos en la vida de una nación, como escribió Guinness, en que su gente se alza contra los principios fundadores de su propia nación. Éste es uno de esos momentos en Estados Unidos.

Es mucho más peligroso que cualquier ataque terrorista. Es, de hecho, el suicidio de un pueblo libre, como dice en el título de su libro. ¿Por qué? Porque lo que mantiene unida a una república nunca ha sido simplemente la Constitución y nuestras leyes.

La ley es un instrumento extremadamente contundente cuando se trata de controlar la conducta humana. Hay muchas cosas que son poco éticas y que no son ilegales. La mayoría de las mentiras, por ejemplo, no son ilegales, pero siempre son poco éticas.

Nuestras leyes civiles y penales sólo pueden controlar una parte de nuestra conducta. Es la virtud la que hace el resto, y eso es precisamente lo que se está erosionando en esta cultura egocéntrica y autoconsumidora. He aquí el ácido que está carcomiendo los cimientos de la nación, degradando los valores objetivos, desarraigando las viejas costumbres y dejando a la gente sin un sentido claro de propósito y, de hecho, sin ningún propósito en absoluto, salvo su propio interés personal.

Bajo el sol posmoderno, cada uno tiene derecho a su propia versión de la realidad. Cuando esto sucede, cualquier cultura pierde su capacidad de renovar su propia vida. La cultura del pasado se convierte entonces en fórmulas superficiales que flotan en el aire, en las ondas y en nuestro pasado, de persona a persona, en Internet.

Se presenta nuevamente como algo kitsch y todo el mundo pretende que es lo mismo de antes, pero no es así. Cuando esto sucede, nos encontramos en el ocaso de la cultura estadounidense, como sostiene Morris Berman.

Las cosas se vuelven borrosas. Esta disposición fue articulada por Jean-François Lyotard en su libro *La cultura posmoderna*. Con toda su prolijidad francesa, su extrañeza, parecía un libro inadaptado a los Estados Unidos, tal como suele ser.

Pero nosotros ya habíamos recorrido ese camino, tal vez no con el mismo autor francés, pero sin embargo hacia las mismas conclusiones. Escritor tras escritor y película tras película en los años 90 asumieron que no había una realidad independiente, ninguna realidad ahí fuera. Lo que tenemos, cada uno de nosotros, es un marco privado de comprensión, y no hay hechos en los que apoyarnos.

Los hechos sólo existen cuando los comprendemos en nuestro propio mundo privado. Thomas Kuhn, que ha escrito sobre la elaboración de teorías científicas, fue

ampliamente invocado para explicar gran parte de lo que estaba sucediendo en la cultura. Todo el mundo empezó a hablar de cambios de paradigma con la misma facilidad con que hablaba de hamburguesas y papas fritas.

Así fue como los límites entre las cosas empezaron a volverse un poco difusos y luego a desaparecer. Estados Unidos estaba preparado para esto. Como señala James Livingstone, los estadounidenses no necesitaron que los radicales con experiencia los empujaran a seguir ese camino.

Hay una serie de límites que se han ido desvaneciendo y que deberíamos tener en cuenta. La distinción entre alma y cuerpo fue una frontera que desapareció cada vez más después de los años 1960, cuando nuestra cultura comenzó a transformarse. Se llegó a suponer y luego afirmar que todo lo que somos es animal.

Lo único que somos es nuestro cuerpo. El problema, sin embargo, es que en este nuevo mundo nos cuesta encontrar la realidad personal. No siempre sabemos cómo expresar nuestra individualidad.

Anhelamos algo que nos diferencie del resto. Un pequeño adorno externo, como un piercing o un tatuaje, ayuda. En realidad, no se trataba solo de tatuajes.

Era todo lo que acompañaba a ser cool. Todo lo que hacía que uno se destacara como un cuerpo único, diferente. En esa diferencia, como misterioso, y en ese misterio como algo que era, bueno, oh, tan deseable.

De eso se trata la vida. Pero si la distinción entre nosotros y los animales ha quedado en el olvido, se abre un nuevo debate sobre los derechos. Eso es lo que ocurrió a continuación.

Con semblante serio, hubo quienes nos aseguraron que los animales no son diferentes de los humanos y que se les deben conceder los mismos derechos. Incluso se ha propuesto que los animales merecen tener abogados que los ayuden a obtener esos derechos. Aunque, si se me permite decirlo, ningún animal merece algunos de nuestros abogados.

Es horrible. Esta desaparición de límites no se produjo sólo en relación con el cuerpo, sino también con el género. La manipulación del género y su tergiversación sigue estando al margen de la sociedad, entre otros fenómenos exóticos.

Pero la homosexualidad es un asunto completamente diferente. La homosexualidad ha ganado una aceptación cultural significativa y esa aceptación es ahora totalmente normal. De hecho, fue el tema central del discurso inaugural del presidente Obama en 2013.

El hecho de que exista un amplio apoyo a la homosexualidad es significativo en sí mismo, pero lo que es mucho más importante es el hecho de que se trata sólo de una parte de un esfuerzo profundo y multifacético por redefinir la familia. Nos encontramos en medio de un experimento social de gran envergadura.

Estamos redefiniendo el elemento más básico de cualquier sociedad. Los marxistas intentaron rediseñar el sistema de clases de su época. Ese intento ahora está en ruinas.

En la actualidad, muchas sociedades occidentales están intentando un experimento igualmente audaz para reescribir las reglas básicas de su sociedad en lo que respecta a las familias. Sin embargo, se sospecha que el resultado no será muy diferente. Cuando estos experimentos sociales fracasen, traerán consigo una inmensa confusión, desorden y sufrimiento.

Pero esto no es lo único que estamos viendo. Una vez que empezamos a pensar en nosotros mismos como simples animales, ya no nos parece tan claro que seamos realmente tan diferentes de simples computadoras. Somos simplemente nuestro ADN que se desarrolla a través de diversos mecanismos internos.

Esta era una mente vanidosa en algunas de nuestras películas, como Blade Runner en una época anterior y Matrix más recientemente. Aquí se trata de un dilema del tipo del huevo y la gallina. ¿Qué fue primero? ¿Derribamos primero los límites y descubrimos que el antiguo límite entre nosotros y Dios también había desaparecido? ¿O desapareció primero ese límite y, una vez que desapareció, hubo que reimaginar toda la vida? Sea como fuere, el Dios externo ha desaparecido y ha sido reemplazado por el Dios interno.

La trascendencia ha sido absorbida por la inminencia. Dios sólo se encuentra dentro de uno mismo. Una vez que eso sucedió, la frontera entre lo correcto y lo incorrecto, al menos tal como habíamos pensado sobre estas cosas, se derrumbó como una hilera de bolos que caen al suelo.

El mal y la redención pasaron a ser vistos como dos caras de la misma moneda, no como las dos alternativas de la vida. La verdad es que toda la vida está siendo repensada y reimaginada.

Sin embargo, este intento de reconstruirnos a nosotros mismos y a nuestra sociedad sobre bases diferentes nos está llevando a un callejón sin salida. La verdad es que no lo estamos haciendo muy bien. Cuando Dios, el Dios externo muere, entonces el yo entra inmediatamente a ocupar el vacío.

Pero entonces sucede algo extraño. El yo también muere. Y con él, el sentido y la realidad.

Cuando todo esto sucede, todo es posible. La novela distópica de Huxley *Un mundo feliz* no parece tan lejana en el futuro después de todo. Ahora sabemos que estamos en un tren que avanza a toda velocidad por las vías.

Y es absurdo pensar que inclinándonos sobre el costado y hundiendo los talones en el suelo podamos tener el más mínimo efecto sobre la velocidad del tren. La gente lo percibe. Muchos lo hacen.

Hay pánico en nuestra cultura porque sabemos que nuestra era está llegando a su fin. Nuestras películas de terror no son solo historias, son una especie de espejo de nosotros mismos.

Salen a la superficie. La sensación incipiente que tenemos: la sensación de miedo.

La sensación de que no todo está bien en nuestro mundo y de que ahí fuera acecha una amenaza que no podemos ver. Intuimos que una terrible calamidad se cierne sobre nosotros, pero no entendemos qué es ni siquiera dónde está.

Cómo estamos. La iglesia estadounidense está a la vanguardia de este mundo modernizado. Sin embargo, el dilema más desconcertante es cómo debería gestionar este compromiso.

Y es también su desafío más urgente. Es evidente que a menudo se ha sentido tentada a adaptar la fe cristiana a este contexto. Más bien, tienden a enfrentarse al contexto en el que eso es necesario.

En lugar de convertirse en una visión alternativa de la vida, la fe cristiana se ha convertido a menudo en un eco, en muchos sentidos, de lo que está sucediendo en este tipo de cultura modernizada. Jesús se sorprendería al ver lo fácil que se ha vuelto el reino de Dios a medida que nos hicimos relevantes para la cultura. De hecho, se están produciendo cambios desgarradores en nuestras sociedades occidentales.

Grandes pensamientos sobre Dios. Nuestro mundo está siendo sacudido hasta sus cimientos. En lugar de ofrecer grandes pensamientos sobre Dios, el significado de la realidad y el evangelio, hay iglesias evangélicas que sólo ofrecen pequeñas panaceas terapéuticas que son dulces pero en su mayoría inútiles.

Uno se pregunta incluso si algunas jóvenes de la Iglesia actual podrían incluso resistirse si se encontraran con un cristianismo profundo, costoso y exigente. Por eso



es que debemos volver a nuestros primeros principios. Y el más básico de ellos es el hecho de que Dios está ahí y que es objetivo para nosotras.

Él no está ahí para conformarse a nosotros. Nosotros debemos conformarnos a Él. Él nos convoca desde fuera de nosotros mismos para que lo conozcamos.

No entramos en nuestro interior para encontrarlo. Estamos llamados a conocerlo sólo en sus términos. No lo conocemos en nuestros términos.

Este llamado se escucha en y a través de su palabra. No se escucha a través de nuestras intuiciones. Éstos son nuestros principios más básicos porque tratan de nuestros asuntos más básicos y de nuestro llamado más básico.

El llamado es a conocer a Dios tal como Él se ha dado a conocer y en las formas que Él ha prescrito. Debemos escuchar este llamado dentro del marco que Él ha establecido. Él no está ahí para nuestra conveniencia o simplemente para nuestra sanación o simplemente como el cajero divino que reparte dinero de su gran banco.

No, estamos aquí para servirle. Estamos aquí para conocerlo como es y no como queremos que sea. La iglesia local es el lugar donde debemos aprender sobre esto y la palabra de Dios es el medio por el cual podemos hacerlo.

Pero hay que ir más allá. No basta con saber que Dios nos ha dado la verdad que corresponde a lo que está ahí, que corresponde a Aquel que está ahí. Además, se trata de la palabra de Dios mismo, que Él mismo se sirve de ella para dirigirse personalmente a nosotros.

Al hacerlo, nos hace conocedores de sí mismo. Él viene de fuera de nuestras circunstancias. No está limitado por nuestra subjetividad.

Él es libre de entrar en nosotros, haciéndonos suyos e incorporándonos a sus grandes planes redentores, que se han estado desarrollando a lo largo de los siglos. El Espíritu Santo nos vuelve a hablar la verdad de las Escrituras hoy y abre nuestras mentes y corazones para recibirla. De este modo, se nos da no sólo una visión de Dios y de nosotros mismos, sino la visión de Dios.

Y no sólo una visión justa y verdadera, sino que se nos da a Dios mismo, que viene a nosotros a través de su palabra por obra del Espíritu Santo. Es Dios quien nos hace conocedores de sí mismo. Dios como amor santo.

Dios, entonces, es objetivo para nosotros en el sentido de que nos encontramos ante él. Somos caníbales ante él y caníbales en el mundo de su santidad. Lo conocemos de manera salvadora sólo porque él nos ha llevado a conocerse a sí mismo.

En esto consiste el amor, escribe Juan: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. 1 Juan 4.10 Nosotros amamos, porque él nos amó primero. 1 Juan 4.19 La forma en que se define el amor y lo que le da su cuerpo de significado es la muerte sacrificial y sustitutiva de Cristo.

Esto es lo que define supremamente el amor de Dios. Esto será tomado en cuenta; este es uno de los temas de nuestras conferencias de esta semana. La frase de Juan que define el amor se habría completado de manera muy diferente en Occidente hoy.

En esto consiste el amor. Muchos dirían que Dios está ahí para nosotros cuando lo necesitamos. Está ahí para lo que necesitamos de Él. Él es amor en el sentido de que nos da consuelo interior y nos hace sentir mejor con nosotros mismos.

Él es amor en el sentido de que nos hace felices, nos da una sensación de plenitud, nos da cosas, nos sana, hace todo lo posible para animarnos todos los días. Esa es la visión que prevalece sobre Dios hoy en día. Cuando Osteen reitera todo esto, demuestra lo perfecto que es su toque cultural.

La visión de la Biblia, en cambio, es muy diferente, porque su mundo es moral. El nuestro es profundo, implacable y únicamente terapéutico. El mundo de la Biblia está definido por el carácter de santidad de Dios.

El nuestro hoy no lo es. Es psicológico. Ésta es la diferencia entre Dios, que es objetivo para nosotros, y Dios, que es subjetivo en el sentido de que ha desaparecido en el yo.

Es una diferencia esencial que debemos comprender cuando comenzamos a pensar en la doctrina de Dios. Cuando los posmodernistas piensan en la vida desde un marco psicológico, lo hacen desde un punto de vista centrado en el yo. Es el yo el que determina qué significa la salvación y qué significa la vida.

Cuando pensamos en la vida dentro del marco moral de las Escrituras que Dios nos da, entonces pensamos en ella con Dios como su centro. Es Él en su santidad quien define la salvación que necesitamos, y Él en su amor quien nos provee lo que necesitamos en Cristo. En una visión posmoderna, nosotros estamos en el centro de la vida.

Según la visión bíblica, no lo somos. Es Dios quien es el centro de la vida. Si no entendemos estas diferencias, nos quedaremos en el mar cuando comencemos a pensar en cómo Dios se ha revelado realmente.

Es muy difícil mantener al mismo tiempo la relación entre el amor y la santidad. De hecho, muchos piensan que no es correcto hacerlo. En Occidente, aprobamos en gran medida la idea de que Dios es amor, pero rechazamos la idea de su santidad.

Según algunos, esto forma parte del pasado primitivo del que hemos evolucionado. Hemos alcanzado la mayoría de edad y ya no podemos creer en mitos severos como el juicio divino. En cambio, hay otras culturas, especialmente donde está presente el Islam radicalizado, que desprecian la idea de que Dios es amor y piensan en él sólo como santo.

El amor se considera parte del sentimentalismo occidental, blando. Esto significa que sus sociedades sólo tienen leyes severas acompañadas de todos los mecanismos de venganza y represalias por los agravios cometidos. No hay perdón.

Sin embargo, el cristianismo combina de manera única el amor y la santidad porque, en el carácter de Dios, ambos están y siempre han estado combinados. Aquí pensamos en el amor y la santidad de Dios como si abarcaran los muchos aspectos de su carácter de los que hablan las Escrituras. El término amor santo no es del todo satisfactorio.

Puede incluso sugerir que lo que estamos refutando es que el amor es básico y la santidad es secundaria. Pero no es eso lo que queremos decir. El problema es que, si no puedo utilizar la abreviatura del amor santo, nos quedamos con otras expresiones muy difíciles.

La santidad de Dios y el amor de Dios en la unión mutua, por ejemplo. Así que nos quedaremos con el amor santo. Hoy, nuestra tentación constante, ayudada e instigada por nuestra cultura, es romper el guión.

Queremos el amor de Dios sin su santidad. Lo queremos porque vivimos en nuestros propios mundos terapéuticos privados que no tienen normas morales absolutas. La santidad de Dios, por lo tanto, se convierte en una intrusión discordante e indeseada.

Sin embargo, su amor sin su santidad es una de esas cosas que simplemente no podemos tener en la vida. Y, de hecho, será una de nuestras mayores alegrías poder comprender cómo Dios es santo y amoroso a la vez. Suficiente.

Basta. Esta introducción cultural, un tanto deprimente, establece un marco para que busquemos a Dios en su palabra y aprendamos que él es amor santo y mucho, mucho más.

Les habla el Dr. Robert A. Peterson en su enseñanza sobre la Teología propiamente dicha o Dios. Esta es la sesión 1, Contexto cultural.